



MANUAL

DE LA

URBANIDAD Y DEL DECORO,

Ó

REGLAS Y CONSEJOS PARA BIEN PARECER EN LA SOCIEDAD.

POR D. F. A. y C.

CON LICENCIA. = BARCELONA.

EN LA OFICINA DE D. JUAN FRANCISCO PIFERRER, IMPRESOR DE S. M.; AÑO 1830.

MANUAL

de la

URBANIDAD Y DEL DECORO.



D. Estruc g.

A la Juventud Española

Dignaos aceptar este obsequio.

Manual

de la

URBANIDAD Y DEL DECORO,

ó

Reglas y Consejos para bien parecer en la Sociedad.

POR D. F. A. y G.

CON LICENCIA.=BARCELONA.

EN LA OFICINA DE D. JUAN FRANCISCO PIFERRER, IMPRESOR DE S. M.; AÑO 1830.







PARTE PRIMERA.

DE LA URBANIDAD.

La Urbanidad, dice Duclos, es la espresion y la imitacion de las virtudes sociales. El espíritu de la Urbanidad, segun La-Bruyére, consiste en cierta atencion y buen modo en las palabras y modales, por cuyo medio se logra que los demas estén satisfechos de nosotros y de sí mismos.

Las leyes de la moral imponen al hombre que vive en sociedad, la obligacion de ser prudente, discreto, circunspecto, indulgente para con las imperfecciones y aun los defectos de

los demas, severo para con sus propias debilidades, respetuoso y atento con los superiores, bondadoso y afable con los inferiores, dispuesto siempre á mostrar agrado y estimacion á los iguales. Si tiene la dicha de reunir á estas bellas calidades un delicado juicio para ser tan enemigo de la falsedad como de la insolencia; si posee el arte de distribuir los beneficios con tino y discernimiento; si sabe hablar, callar y obrar oportunamente, se apetecerá su compañía, se le hallarán á cada momento nuevas gracias, y será el objeto preferido de todos.

El verdadero urbano nos proporciona inmediatamente la comodidad. Con él no hay sujecion ni embarazo. Si no se aceptan sus ofertas, no se

agravia por esto , ni nos obliga á aceptarlas con sequedad. Se puede sin inconveniente ser de un dictámen opuesto al suyo y obrar con toda libertad y franqueza.

El hombre urbano de elevada clase se despoja del fausto que suele acompañar á la dignidad y á la grandeza, permite que el inferior hable y proceda sin timidez, le ayuda á producirse, interpreta favorablemente las ambigüedades hijas de la falta de instruccion y de mundo, fija él mismo los límites del respeto, y hasta disimula la irreverencia cuando no procede de mala intencion.

En el hombre atento y urbano la conversacion, los modales, el modo de vivir, todo indica una cortesanía no tanto adquirida con el tra-

to y comercio de los hombres, como nacida de su buen corazon y del deseo de hacer bien. La aspereza, ó si se quiere, el orgullo se encuentra solamente en los hombres de mérito limitado: amigos, por lo mismo, de aprovechar todas las pequeñeces y recursos de una vana ostentacion. Un hombre grande, un héroe es regularmente sencillo y humano. Cuanto mas se aprocsima á la grandeza, menos uso hace del arte y de la afectacion.

Un talento distinguido ilustra al hombre, dice Chesterfield; un brillante mérito le hace respetar; un profundo saber le adquiere admiradores; solo la Urbanidad le procura el afecto y el cariño.

CALIDADES ESENCIALES

DEL HOMBRE URBANO.

Una de las primeras calidades del hombre urbano es el interesarse por la suerte de sus semejantes. Se apresura á prodigar los socorros cuando conoce qúe los necesitan, pero no por esto se entromete curiosamente en los negocios de sus protegidos; se limita á los ofrecimientos generales que cumple con placer, si lo ecsijen las circunstancias.

El amigo puede solicitar del poderoso, aunque sea con instancia y empeño, un empleo ó una gracia para el amigo. Hay sin embargo personas indiscretas que piden cosas imposibles ó injustas y se ofenden de la negativa. La historia cita en esta

parte á un cierto Rutilio, á quien dijo su amigo con resentimiento: = „¿De qué me sirve tu amistad, si no haces lo que te pido?" El romano le respondió con el mismo tono: „¿Y qué me importa la tuya, si para conservarla debo obrar contra las leyes de la virtud?"

El hombre urbano, aun cuando no pueda acceder á lo que se le pide, se muestra afable y complaciente. No omite razon alguna que sea capaz de probar la buena voluntad; procura con la mayor atencion y delicadeza suavizar la negativa y hacer ver que se halla obligado á proceder contra sus propios deseos. Su contestacion, por fin, deja casi tan satisfecho al desairado, como si obtuviera el beneficio.

La Urbanidad no hace aguardar mucho tiempo los favores. El benéfico con agrado merece doble gratitud. ¿Se necesita algun consejo? No se encuentra en el hombre urbano aquella afectacion de una gravedad imponente que confunde y desconcierta; ántes al contrario, escucha, medita, y en su respuesta hace ver que se interesa en todo por nosotros, porque en él la benevolencia es la base de la urbanidad. Esta virtud, que emana de una alma noble, nos inclina á hacer felices á cuantos nos rodean; infunde en nuestros modales, en nuestras espresiones un tono afectuoso, y proscribe todo lo que puede suscitar en los demas, recuerdos penosos y aflictivos. Por ella toleramos las opiniones que no son las nuestras, y

nos guardamos bien de humillar á los que se creen hombres de mérito.

Si logramos alguna dicha inesperada, todos corren á darnos el parabien, nadie se acerca á nosotros si no es con semblante risueño, y este gozo esterior aumenta nuestra satisfaccion. Sabemos, por el contrario, que á un amigo le ha sucedido alguna desgracia ó se halla en brazos de la afliccion: nos reunimos con él, tomamos parte en su infortunio, nos esforzamos por consolarle, y no hay cosa que le disponga tanto á ello como las señales de dolor y de tristeza que percibe en los amigos que le rodean; le enternece la amargura de que los ve penetrados, y este sentimiento logra aligerarle un tanto el peso de su corazon.

Las personas urbanas, cuando en su casa se comete alguna falta, aparentan no observarla ó la advierten con finura al que la ha cometido, para evitarle el rubor y la confusion que podria resultar de la publicidad. En estas casas se está siempre seguro de encontrar criados corteses, porque el amo ordena que sus amigos sean recibidos con la misma distincion que se dispensa á su propia persona. La Urbanidad ecsije que, en cuanto pueda conciliarse con la razon, todo sea comun entre los amigos, y que cada cual se esfuerze por conformarse con el gusto de las personas, en cuya reunion se encuentra. La Urbanidad, en fin, no está satisfecha, si todo en torno suyo no respira comodidad, gracia y nobleza.

Cuando el hombre urbano se halla en compañía de algun superior, no se abandona á un pueril orgullo para ecsimirse de las atenciones que el uso ha establecido. Muy circunspecto entonces guarda un ademán mas grave, pero acompañado de aquella serenidad propia de una alma virtuosa, que nunca se desmiente y siempre se complace en donde se encuentre. Esta virtud, pues, tan recomendable, al paso que aleja de nosotros toda esterioridad ecsagerada ó postiza siempre incómoda á los superiores, escita nuestra vigilancia para cuanto pudieren apetecer de nosotros. Cuando viene el caso de obedecerles, se hace con el mayor celo; cuando nos dan consejos, se reciben con la espresion mas

atenta, y si sucede que no seamos de su dictámen, nos valemos de razones tan bien apoyadas, las espresamos en términos tan comedidos, acompañándolas de gestos y de movimientos tan respetuosos, que logramos, por fin, que nos atiendan, haciendo triunfar la justicia y la razon.

Pero, al mismo tiempo que el hombre urbano emplea el arte para manifestar sus sentimientos, es incapaz de faltar á la verdad. Conservando siempre su dignidad en medio de sus demostraciones de benevolencia, nunca se envilece con la adulacion. Absteniéndose asi de alabanzas insulsas como de críticas indiscretas, conserva un medio laudable entre la falsedad propia de una alma

baja y la bronca franqueza que siempre ofende. Argúyese de esto que el hombre verdaderamente urbano debe ser á la vez, hombre de bien, fino y caballeroso.

ECSAGERACION IMPROPIA DE LA URBANIDAD.

Hay personas que están en natural oposicion con las fórmulas esteriores de la Urbanidad. No hay duda en que esta impone alguna sujecion; pero la práctica la destierra con el tiempo, el fino trato se adquiere con la observacion y con el hábito. La observacion nos da á conocer los usos de la sociedad, el hábito nos los hace familiares y naturales. El secso, la edad, la profesion, el genio, el

lugar de nuestro domicilio nos imponen deberes distintos que cumplimos sin que nos cueste trabajo, luego que el hábito nos ha ejercitado en ellos. La crítica, que se hace á veces de estos mismos deberes, no se dirije contra la Urbanidad, sino contra ciertos individuos que abusan de ella desfigurándola con un lenguaje ó gerigonza particular y con demostraciones afectadas que siempre disgustan, cuando no incomodan.

Sucede con la Urbanidad lo mismo que con el talento. Ciertas personas de gusto poco delicado han creido que consistia en hablar un guirigay alambicado, pedantesco, ininteligible á los mismos que le usan, y tan opuesto á las reglas de la sana razon, como á las gracias de

la hermosa naturaleza. Esas personas no han discurrido que un mico representaria mejor á un hombre perfecto, que lo que un erudito á la violeta y un urbano fingido harian valer las escelentes calidades, cuyo título y mérito pretenden apropiarse.

La idea, que se ha procurado dar de la Urbanidad, no es mas que un imperfecto diseño, pero fielmente copiado de lo que se observa en las distinguidas reuniones entre las personas de talento y buena educacion. En ellas no se encuentra aquella miserable y ridicula mezcla de gestos, arrumacos, cumplimientos insípidos y molestos, cortesias repetidas y arlequinadas, con otras muecas desagradables que los necios califican de atributos de la Urbanidad, cuando

por el contrario, todo debe ser en ella sencillo, fácil, agradable y sin afectacion.

RESPETO Á LOS ANCIANOS.

PRIMER PRECEPTO DE LA URBANIDAD.

Para vivir bien en el mundo es preciso no perder el respeto á nadie. Cada cual conserva el sentimiento de su propia dignidad, y el amor propio no sufre que le ofendan. No siempre se tiene bastante grandeza de alma para hacerse superior á un agravio. El orgullo ofendido perdona dificilmente una personalidad. Debemos, pues, vivir con mucho cuidado y tomar las mayores precauciones para no molestar ni desazonar á nadie.

Trataríase con el mas justo y merecido desprecio al que olvidase su deber hasta el estremo de ultrajar al anciano, cuya debilidad y achaques le quitan todos los medios de repeler un insulto. Débese mostrar mucha veneracion á los ancianos, cederles siempre el lugar reconocido por preferente y procurar no contradecirles jamás. Cuando nos creamos con derecho de hacerles alguna observacion, guardemos una moderacion respetuosa, que léjos de indisponerlos contra nosotros, les inspire una dulce confianza y les empeñe á escucharnos favorablemente. Burlarse de un anciano es lo mismo que atropellarle, insultarle, y como el ofendido carece de fuerza para pedir satisfaccion, resulta que

el opresor es un cobarde y que falta á los primeros deberes de la justicia y de la Urbanidad. No hay duda que ciertos ancianos son regañones, coléricos; pero esta falta es mas bien de la edad que del individuo, y no nos ecsime de las atenciones generales á que son acreedores. Debemos mirarlos con un respeto semejante á aquel con que se mira á los robustos árboles, antiguos habitantes de la tierra, que adornan nuestros jardines, y que aun en su descaecimiento nos cubren de una benéfica sombra. El jóven llegará tambien á aquella época de la vida, en que muchos placeres, ántes deseados, se nos hacen insípidos. Si entonces tiene el disgusto de verse el objeto de la burla de la genera-

cion que le sucede ¿qué amargura no le aguarda en sus últimos dias? ,,Hasta hoy no hubo en el mundo nacion tan bárbara ni gente tan indómita, dice el ilustrísimo Guevara, que entre ellos se prohibiese á Dios el servicio, ni al pobre el socorro, ni al viejo el acatamiento, porque son tres cosas en sí tan esenciales y aun tan naturales, que de buena razon no habia menester ley que las ordenase, ni príncipe que las mandase." Los viejos en Roma tenian cinco notables privilegios; venidos á pobreza eran mantenidos por el erario público, ellos solos podian sentarse en los templos, traer anillos en los dedos, comer á puerta cerrada, y llevar hasta los pies la vestidura.

Respetemos, pues, la ancianidad.

Un dia recojerémos el fruto del homenage que le habrémos tributado, y dejaremos el mundo bendiciendo á los jóvenes virtuosos, que nos habrán hecho agradable la vida con sus obsequiosas atenciones.

LOCUACIDAD, TIMIDEZ:

ESTREMOS OPUESTOS Á LA URBANIDAD.

El hombre no suele vivir aislado. Tiene generalmente necesidad de un amigo confidente de sus satisfacciones y de sus penas, de una sociedad para comunicar á los demas sus ideas y reflecsiones, amenizar su vida, y variar los lícitos placeres.

Los jóvenes deben ser modestos, oir mucho y hablar poco. No pretendo con esto prescribir á la edad mas interesante de la vida un

silencio obstinado y un comedimiento sin límites. Varias veces los labíos de un jóven espresan conceptos finos, frutos precoces del talento: ponerles un candado seria una pérdida para la sociedad. Mi único deseo es tener prevenidos á los jóvenes contra aquel prurito de hablar, propio de la ligereza de su edad tierna, prurito que si no se reprime con tiempo, pasa á ser un vicio insoportable. En efecto, ¿hay cosa mas incómoda que oir á un arrapiezo que no se cansa de preguntar, que nos atolondra con sus respuestas contradictorias, que se estrema y afana por pasar plaza de entendido, y en quien se notan á cada paso una multitud de inconsecuencias? Léjos de inspirar el menor interés un en-

te semejante, solo escita la compasion ó el desprecio. Su volubilidad le acarrea amargos disgustos que pudiera evitar, portándose con una moderacion prudente. Los chascos, que recibe, son á veces tan bochornosos que no se atreve á volver á presentarse delante de los testigos de su atolondramiento.

Los parlanchines han sido en todo tiempo justamente despreciados. ¿Quereis, dice Plutarco, un escelente remedio para calmar los vehementes deseos de hablar? Acostumbraos en una reunion á guardar silencio hasta que el fastidio ó la taciturnidad se vaya apoderando consecutivamente de todos los que la componen. No sucede en la conversacion lo que en los juegos del circo, donde

aquel, que aventaja á los demas, gana el premio de la carrera...... el que se precipita á responder cuando no es preguntado, da muestras de mucha presuncion. Es lo mismo que si dijera al que hace la pregunta: „Se dirije usted muy mal, yo solo me hallo en el caso de responder á todo género de cuestiones.”

Hay, sin embargo, otro escollo que los jóvenes deben evitar, y es aquella timidéz que indica falta de talento en los que no carecen por otra parte de inteligencia y conocimientos. Ese grave ademán, ese silencio constante, esa indolencia que choca, perjudicarian, si fuesen muy duraderos, al individuo en quien se notasen y darian una idea poco ventajosa de su educacion. El trato so-

cial, la conviccion interior de que es necesario, y un ligero esfuerzo bastarán para borrar ese aspecto sombrio que desluce la edad mas hermósa de la vida.

El objeto principal de los jóvenes es el de hacerse amables en la sociedad. El mas seguro medio de conseguirlo es evitar los dos escollos que se acaban de indicar.

Si estos dos estremos son vituperables en un jóven; ¿cuanto mas no deberán serlo en una señorita, cuyo secso reclama mayor amabilidad y modestia? Las madres deben tomar con tiempo todas las precauciones necesarias para que las hijas, objetos de su ternura, no sean ni habladoras que atolondren, ni tímidas que empalaguen.

CIRCUNSTANCIAS

QUE HACEN AGRADABLE LA CONVERSACION.

Los jóvenes, que empiezan á figurar en el mundo, no deben hacer gala de una vana erudicion de colegio, ni aspirar á la fama de doctos valiéndose de voces tomadas de idiomas estrangeros ó empleando términos técnicos de ciencias desconocidas de los circunstantes.

Sea cual fuere el objeto de la conversacion, esponed con modestia vuestra opinion, defendedla con moderacion y serenidad. Si os la impugnaren y conoceis que vais errados, ceded inmediatamente, y ceded tambien, aunque tengais razon, si la cosa que se discute es de poca importancia, y sobre todo si vuestro

contradictor es una señora ó un anciano.

¿Quereis que sea agradable vuestra conversacion? Manifestad vuestras ideas con elegancia y claridad, valeos sin afectacion de las frases mas puras y castizas, empleadlas con oportunidad. Tocad superficialmente los objetos, no los profundizeis. Hablar mucho tiempo sobre un mismo asunto, fatiga la atencion; por lo comun se aprecia la variedad. Procurad que vuestra pronunciacion sea clara y distinta, variad las inflecsiones de la voz, segun la materia de que se trate y las diversas circunstancias que la acompañen. Un tono uniforme promueve luego el disgusto ó el fastidio.

Las faltas que se notan en el len-

guage indican poco talento ó una educacion desaliñada. Es menester, pues, poner mucho cuidado en este punto el mas interesante para el lucimiento de la conversacion.

Guardémonos de fastidiar á los demas con preguntas secas y directas, con proposiciones indiscretas. Es impropio gesticular mucho cuando se habla, y aplicar continuamente la mano á la persona á quien se dirije la palabra.

El hombre orgulloso mira y trata con desprecio á los que frecuentan su casa, y apénas se digna hablarles ó contestarles. El vanidoso lo envuelve todo en una inflecsible crítica ó en una amarga ironía, ataca todas las opiniones y desatiende con insultante fatuidad á los que se hallan

en su compañía. Ambos son la peste de la sociedad.

El hombre verdaderamente urbano se guarda bien de pronunciar una palabra agraviatoria. Sabe que una invectiva fuera de tiempo no puede ser contenida ni reparada. Procura hablar de modo que los circunstantes tengan la facilidad de responder á su vez. No levanta ni baja demasiado la voz, porque sabe que hablamos para que nos comprendan, y no, para atolondrar á los que nos escuchan. Nunca interrumpe á los que están hablando, pues fuera la mas grosera falta de cortesía; procura mostrar facilidad y soltura en sus razonamientos, y no despliega los lábios hasta que esté bien seguro de lo que tiene que decir. No

hay cosa mas incómoda que oir á una persona balbuciar de continuo ó verla vacilante ó perpleja.

Se faltaría tambien á la Urbanidad y á la atencion, hablando con otro en idioma estrangero que no fuese comprendido de los que se hallen presentes, cuchicheando con los que estén inmediatos á nosotros, ó haciendo señas á los colocados á alguna distancia.

Jamas debemos soltar espresion alguna que tienda á hacer burla de la Religion ni de cuanto tenga relacion con ella. Faltando á la moral pública, se ofenden los oidos de las personas timoratas.

La conversacion de una señora debe ser suave y modesta, esmerándose mas pronto en hacer brillar el

talento de los demas que el suyo. Una señora delicada debe abstenerse de la murmuracion, que solo es propia de los necios ó de los malvados. Al murmurador se le desprecia, se le teme, se le evita. La lisonja y los insípidos cumplimientos parecen tambien muy mal en boca de una señora, que debe medir siempre sus espresiones para que no sean mal interpretadas. No faltan á la que tiene talento medios suficientes para dar pábulo á la conversacion.

Si se hace uso del chiste, ha de ser con mucha sobriedad. Cuando uno se aparta de su gravedad natural, no debe perder de vista los lugares, los tiempos y las personas. Gastar chanzas pesadas, espetar agudezas malignas y hacer gala de son-

sonetes y juegos de vocablos sosos ó de antigua fecha, es dar prueba de poco talento ó manifestar que se ha formado pésimo juicio de el de los demas.



PARTE SEGUNDA.

DEL DECORO.

No basta para la Urbanidad no hacer cosa alguna que pueda incomodar á los demas asi en los objetos de importancia como en los mas triviales; es preciso tambien que ninguna accion particular nos degrade á nuestros propios ojos. La sociedad, en la cual nuestro estado ó posicion en el mundo nos obliga á vivir, no ecsije solamente la urbanidad y la buena crianza para ella, la recomienda tambien para nosotros mismos. No ignora que el hombre bien edu-

cado para los otros, solo lo es, digámoslo asi, de un modo incierto y dudoso, y que con el hombre que lo es para sí mismo, nada tiene que recelar, todas las dudas é incertidumbres desaparecen. Este solo merece y fija su confianza, y la confianza es, sin disputa, el primer vínculo de la sociedad.

Dejando á parte lo que constituye esencialmente la urbanidad y la buena crianza, hay ciertas cosas que nos disgustan por lo que toca á los demas, y otras que nos incomodan con relacion á nosotros mismos. Así, privamos á los demas de muchos placeres, cuya reciprocidad reclama el comercio de la vida, ó nos privamos á nosotros mismos de las satisfacciones que recibiríamos en cambio, si guardásemos en esta parte una

conducta mas amable y compla-
ciente.

A la virtud llamada *Decoro* corresponde remediar este inconveniente. Ella nos obliga á conformar nuestras acciones con nuestros deberes, nos impide hacer el mal que debemos evitar, y procura que coloquemos siempre el bien que practicamos, en el justo equilibrio que debe guardar para parecer bien.

El *Decoro*, pues, es una virtud moral, por cuyo medio no solo lo que se hace, sino el modo con que se hace, parece siempre bien á nuestros ojos y á los de los demas.

Llamo al *Decoro* virtud para distinguirle de ciertas prendas agradables que nos da la naturaleza ó adquirimos con el hábito, las cuales

solo contribuyen al embellecimiento de la sociedad, al paso que el *Decoro* es á un mismo tiempo su vínculo y su ornato.

Le doy luego el título de *moral*, porque al par de las demas virtudes conocidas por tales aumenta las prendas del corazon, y para ser verdadera debe residir á la vez en el corazon y en las acciones.

La civilidad, segun la acepcion que se le suele dar en el mundo, es muy frecuentemente una virtud libre; pero el *Decoro* es siempre una virtud necesaria. Puede uno dispensarse de ciertos actos de civilidad sin causar perjuicio á nadie, miéntras que se halle medio de justificar el motivo; pero no se puede faltar á las reglas del *Decoro* sin esponerse

á menoscabar la opinion que se tiene adquirida; porque el *Decoro* es, para espresarme así, una virtud indispensable que no podemos desatender sin faltar á lo que nos debemos á nosotros mismos.

Las faltas que comete contra el *Decoro* una persona obscura en la sociedad, solo ofenden el deber general que nos obliga á que todas nuestras acciones estén en los límites de la razon y de la buena crianza; pero en personas de condicion estas mismas faltas atacan muchos deberes que les son peculiares. Perjudican la gloria en un héroe, la grandeza en un príncipe, la gravedad en un magistrado, la perfeccion en un religioso, la modestia y la delicadeza de sentimientos en una dama,

la fama de caballero en un jóven fino y bien nacido.

Si queremos que nuestras acciones obtengan siempre el sello de la aprobacion general, es preciso que su móvil tenga analogía con nuestro deber y nuestra reputacion.

DEL VESTIDO.

Si al salir de los brazos del reposo solo estuviésemos espuestos á la mirada penetrante del que todo lo vé, no tendriamos otros deberes que cumplir sino aquellos á que está obligada la criatura respecto de su Criador; pero muchas veces la voz de la amistad ó de la solicitud nos llama y despierta, y como debemos parecer entónces á los ojos de nuestros se-

mejantes, es preciso que la mas rigurosa decencia nos acompañe, y que su delicadeza no se encuentre ofendida por ningun estilo.

Todos tenemos sin disputa el derecho de impedir la entrada en nuestro cuarto á los importunos; pero hay casos en que nos será imposible dejar de presentarnos á las personas que tienen negocios urgentes que tratar con nosotros. Conviene, pues, tomar de antemano las precauciones necesarias. La atencion debe ser mucho mas escrupulosa cuando se tienen conferencias con personas de distinto secso.

Formaríase mal concepto del que pasase horas enteras consultando el espejo. El vestido debe ser adecuado á la calidad y á los medios de cada

uno. Destiérrese el lujo y la afectacion, pero consérvese la mayor limpieza. Esta se nota siempre en las personas que se aprecian á sí mismas, porque conocen su propia dignidad; al contrario el descuido en el vestido supone igual negligencia en los hábitos y en las costumbres. Los mas plausibles pretestos no pueden en esta parte servir de escusa. Se destierra de la sociedad á esos enemigos de sí mismos que ofenden la vista con su desaseo y asquerosidad. La limpieza conserva la frescura y la salud que añaden tantas gracias á la hermosura. Por esto las mugeres deben poner en ello el mayor cuidado.

Sin ceñirnos rigurosamente á las modas, procuremos en lo posible

seguir los usos, como no falten á la honestidad y á la decencia; no nos mostremos ridículos en los trages. Nos vemos obligados á conformar nuestro gusto con el del mayor número. La sociedad ecsije de nosotros este sacrificio: nos permite desaprobar interiormente, pero quiere disponer de nuestro esterior.

DE LAS VISITAS.

Las relaciones generales, las necesidades particulares ecsijen comunicaciones, á las cuales se ha convenido dar el nombre de *visitas*. Estableceremos algunas reglas que es indispensable conocer y observar.

Para las visitas nos es preciso escojer el tiempo mas oportuno. No

hay cosa mas incómoda que recibir una visita en un momento de ocupacion ó cuando tratamos negocios interesantes ó urgentes. Débense consultar en esta parte los usos locales, y evitarlas sobre todo á la hora del desayuno ó de la comida, á ménos que no haya gran familiaridad con la persona que nos proponemos visitar.

Presentémonos decentes, con casaca y con corbatin blanco, jamas con botas, á ménos de acostumbrarse.

Llamando á la puerta esterior, se procurará no dar un golpe demasiado violento. Subiendo la escalera, es estilo ceder el paso y el lugar mas cómodo á las personas á quienes se debe algun respeto. No olvideis sobre todo este último punto, si acompañais á una señora. El caballero cor-

tes debe ademas presentarle la mano, siempre la derecha. Cuando hay varias señoras, este honor es debido á la mas anciana.

Si encontrais alguno en la escalera, paraos en lugar oportuno para franquearle el paso.

La etiqueta ecsije que se haga entrar recado por algun criado. Si no parece ninguno, se llama ligeramente á la puerta del aposento, ántes de introducirse.

Es sumamente ridículo hacer eternas ceremonias para ver quien debe entrar primero. La preferencia pertenece á las señoras, luego á la calidad, y despues á la edad.

Terminados los saludos de estilo, no debereis sentaros hasta que lo estén el dueño ó dueña de la casa,

conservareis siempre en la silla una postura graciosa y decente. La civilidad prohibe colocar inmediatamente el sombrero y el palo, si lo llevaìs, en el primer mueble que se presenta; nunca sobre todo los pondreis en una cama que debe inspirar respeto, y que en los tiempos antiguos se miraba como un recinto impenetrable.

Si la persona á quien hiciereis la visita, se preparase para salir ó sentàrse á la mesa, no debereis entretenerla mucho tiempo, os retirareis lo mas pronto posible. El visitado intempestivamente debe por su parte reprimirse para no dejar traslucir sus deseos de que la visita se termine prontamente.

Las visitas de ceremonia deben ser

cortas. Si la conversacion se halla interrumpida sin que la continúe la persona á quien visitáreis, si esta persona se levanta por cualquier motivo que sea, vuestro deber será saludarla atentamente y retiraros.

El dueño de una casa que recibe la visita de una señora sola, faltaria á la atencion y á la cortesía, si no le presentase la mano para bajar la escalera y acompañarla hasta el coche ó hasta la puerta de la calle.

Si encontrais personas estrañas, no permanezcais mas que algunos minutos; saludad, en seguida, á los circunstantes, y oponeos á que el dueño de la casa os acompañe.

Es un deber esencial volver las visitas que se han recibido. Si fuisteis convidados á una comida, á un

baile, á un concierto, á cualquiera otra funcion, es preciso que dentro de ocho dias paseis á visitar á los que os hicieron este obsequio, si le admitisteis.

Si os convidan á un casamiento ó á un entierro, debeis una visita á las personas que os han convidado, si no habeis podido acudir. Si asististeis á la ceremonia, ellas son por el contrario los que os deben la visita.

En algunas naciones, especialmente en Francia, el uso y la cortesía ecsijen que al renovarse el año se visiten los parientes, los amigos y en general todas las personas con las cuales se tiene trato. Estas visitas pueden hacerse por medio de targetas, entregando en persona al portero ó á un criado de la casa una en

que se halle escrito el nombre del que la presenta; pero este uso traza un círculo demasiado estenso. Por lo que hace á nosotros, será muy bueno y muy laudable, que en una de las fiestas de Navidad ó el dia primero de año, nos presentemos á nuestros parientes, á nuestros protectores y á los que nos han mostrado benevolencia y cariño, para darles una nueva seguridad de nuestro afecto y gratitud.

Los convites se hacen verbalmente ó por escrito. El convidado debe aceptar si tiene intencion de asistir, pero sin hacerse de rogar y manifestándose agradecido al obsequio que recibe. En caso contrario se escusará de un modo atento, dando por motivo las ocupaciones particulares que

puedan justificar la negativa. Si aceptasteis, acudid al lugar señalado vestidos decentemente. No es decoroso escusarse, á menos que no os sobrevenga un accidente inesperado que ecsija indispensablemente vuestra presencia en otra parte. No dejeis de informaros de antemano de la hora fija de la reunion, á fin de no llegar ni muy tarde ni muy temprano.

DE LA MESA.

La gente civilizada no se alimenta como los salvages. Ecsiste un decoro particular que se guarda en la mesa y que seria vergonzoso ignorar.

Las personas convidadas se hallan por lo comun reunidas en el salon principal. Cuando se entra á dar aviso de que la comida está pronta, nadie

debe levantarse ántes que el dueño ó dueña de la casa.

Los caballeros presentarán la mano á las damas, acompañándolas á la sala destinada para comer hasta el puesto donde se encuentra escrito el nombre de sus compañeras ó que se les designa verbalmente. Guárdese bien el que no sea el convidado principal de dirijirse á la dama mas hermosa ó mas respetable por otros títulos. Esto seria grave falta de atencion.

Para estar mas al alcance de servir á los convidados y procurar que nada les falte, el dueño y la dueña de la casa se colocan regularmente en el centro de la mesa uno en frente de otro.

No os metais en servir la comida

si no sois muy diestros en cortar las viandas, y nunca ejerzais esta funcion á no ser que se solicite ó acepte vuestra mediacion por los que se han dignado convidaros.

En la mesa débese poner gran cuidado en no incomodar á los que tenemos al lado y guardarnos bien de fastidiar á los concurrentes. Es indecente hablar con la boca llena, débese aguardar que esté libre para pronunciar claramente las palabras.

Tampoco es decoroso comer con voracidad, tocar los platos comunes con la cuchara ó tenedor aplicados ántes á nuestros lábios, y arrojar lo que no hallamos de nuestro gusto.

Si un caballero está colocado al lado de una dama, el decoro ecsije que le evite todas las incomodidades

ocasionadas por la necesidad de echarse de beber y procurarse los alimentos. Debe ser solícito en ofrecerle todo lo que considere de su agrado.

Seria muy desatento apoderarse uno solo de la conversacion que debe ser general. Si la reunion es numerosa, podremos conversar con los que se hallen mas inmediatos á nosotros, no levantando la voz sino lo necesario paraque nos entiendan. Guárdese siempre circunspeccion en los razonamientos, nunca hablemos con desprecio de nadie, y menos de los presentes.

Cuando se llega á los postres, la conversacion se anima, pasando á ser mas viva y festiva; sin embargo nunca debe salir de los lími-

tes de la decencia. Si sabeis cantar y os piden algun rasgo de vuestra habilidad, no os hagais de rogar, al paso que seria tambien indecoroso importunar demasiado al que mostrase mucha repugnancia en acceder á vuestros deseos, lo propio que canturrear el mismo *aire* que elije el que se presta á la súplica de la compañia.

No se critiquen los platos ni las salsas, ni se profiera la menor palabra que pueda disgustar tanto á los dueños de la casa como á los convidados. La mesa debe ser el templo del placer y de la alegria: toda pendencia, toda disputa debe desterrarse de ella.

Es ocioso prevenir que es preciso contenerse y ser sobrio para no

ofrecer el hediondo espectáculo de una oprobiosa intemperancia.

DEL PASEO.

El jóven que se pasea con un anciano sabe sin duda que su compañero no tiene mucha fuerza y agilidad en las piernas; debe, pues, moderar su paso para que el otro no se fatigue. La misma atencion observará cuando vaya en compañia de una persona, á quien deba veneracion ó respeto. La cortesía ecsige que un caballero ofrezca el brazo á la dama que salga á paseo con él. Si hay mas damas que caballeros, se ofrecerá el brazo á las mas ancianas, y á las casadas con preferencia á las solteras. Si un caballe-

ro se pasea con dos damas, no puede dispensarse de dar el brazo á las dos.

Conducid la comitiva por donde fuere mas de su agrado, y guardaos bien de oponeros á sus gustos é inclinaciones. Cuando se presente la ocasion, ofreced sillas á vuestros compañeros para descansar; pero no insistais si manifiestan deseos de continuar el paseo. Si aceptan las sillas y estas no se hallan en número suficiente, las damas deben sentarse, y los hombres permanecer en pié.

Ecsiste tambien un decoro que observar con las personas que encontramos en el paseo. No se debe ofender ni á sus ojos ni á sus oidos. Guardémonos de llamar su atencion con una inmoderada risa, ni nos permi-

tamos libertades que acaso serian tolerables en un puesto que no fuese público. Si cantamos ó damos brincos, nos esponemos á la befa de la concurrencia y alguna vez á disgustos de que solo podríamos acusar nuestra propia ligereza.

Entrando en algun paseo público, háblese de cosas indiferentes que no puedan perjudicar á nadie, á fin de evitar que sea mal interpretada la conversacion por los que podrian oirnos. No procureis por vuestra parte indagar curiosamente lo que dicen las personas que no son de vuestra comitiva.

Cuando se pasea en coche, berlina etc., el caballero cortés da la mano á la señora que acompaña, para subir y bajar, y observa las mis-

mas atenciones que deben guardarse en los paseos que se hacen á pié.

DE LAS TERTULIAS

Y REUNIONES.

Se empezará por saludar á los dueños de la casa y á las personas reunidas en el salon. Luego nos sentaremos, pero sin apoderarnos del puesto principal ó del de alguna persona que se hubiese levantado á nuestra llegada. Un caballero no debe sentarse nunca en silla de brazos, cuando las señoras estan sentadas en sillas comunes. Si no hay sillas comunes, la delicadeza ecsige que presente la silla de brazos á una de las señoras, rogándole que le ceda la suya.

Si se empeña la conversacion, tomad parte en ella moderadamente, no pronuncieis una palabra fuera del caso, ni os esmereis en sobresalir para hacer brillar vuestro talento. Ponderar el propio mérito y elogiarse á sí mismo denota falta de educacion y una presuncion ridícula. Hablándose de literatura ó de alguna ciencia, no aventureis vuestra opinion, sino teneis algun conocimiento del objeto de que se trate. Si contais alguna anécdota graciosa, evitad las demostraciones ecsageradas y aquella risa preventiva, enfadosa y molesta que quita las ganas de reir á los que os escuchan.

Si es otro el que refiere una historia ó una anécdota de que tengais noticia, no distraigais por nin-

gun estilo la atencion de sus oyentes. Si se os pregunta vuestra opinion, responded ingeniosamente sin dar á entender que estais tan bien informados como el mismo narrador. Nunca se debe privar al que ha tenido la idea de divertir ó instruir, del gusto de creer que la ha conseguido. Hay jóvenes que interrumpen el discurso para hacerse esplicar alguna circunstancia que no han comprendido bien, ó repetir el nombre de algun personage. Esto es contrario á la civilidad. Cuando la esplicacion sea necesaria para vosotros ó para los demas, podreis provocarla; pero con mucho miramiento y aprovechando el momento oportuno.

Si alguno de la compañia pre-

sentase algun objeto suponiéndole muy curioso, no le pongais á las nubes, ecsagerando su rareza, su perfeccion ó valor; no le despreceis tampoco, aun cuando lo tuvieseis por cosa muy comun y ordinaria. En este último caso es mas decoroso guardar silencio. Si á alguno se le escapa alguna mentira que os importare contradecir, no se la echeis en rostro, valeos solamente de algun rodeo para dar á entender que se ha padecido equivocación.

No hay cosa mas indecente que la disputa en sitios de reunion. El hombre sensato no quiere servir de espectáculo á los demas, prefiere hacerse estimar por su prudencia y discrecion. ¡Es tan fácil desarmar

la cólera de un adversario, ó calmarla por medio de la moderacion! Respondiendo con civilidad, nadie será acusado de bajeza.

Macrobio decia que iba mucho de la ira á la iracundia, porque la ira nacia de la ocasion, y la iracundia de mala condicion. Por desgracia abundan mucho los iracundos. En medio de la ceguera que nos causa la pasion dominante, estamos tan lejos de conocer el partido que debemos tomar, que mas queremos esponernos á perder nuestra fortuna y aun quizá nuestros mejores amigos, que privarnos del placer cruel de escoger las espresiones mas ofensivas. Esta misma ceguera, que, efecto de la ira, no debiera durar mas que el tiempo que nos agita

la pasion, es tan pertinaz como hija de la iracundia, que subsiste mucho tiempo despues de pasados los primeros impulsos. Nos aplaudimos de las injurias mas viles, y sentimos no haber encontrado medio de apretar mas la mano, que es lo mismo que decir, que nos lastimamos de no haber podido ser mas groseros. Refrenar la ira es virtud heróica, porque no hay mas alto género de triunfo que el del corazon propio. Para desterrar la iracundia no hay remedio mas oportuno, que la persuasion de que este vicio no solo nos presenta como locos, sino que nos hace aborrecer de todos.

Es ridícula aquella ecsageracion que se emplea muchas veces tanto

en la alabanza como en el vitupe-rio. El verdadero decoro de la produccion consiste en la prudente medida de las espresiones. Vale mas dar pié para que se piense mas de lo que se dice, que escederse en los términos y arriesgarse á traspasar los límites de lo que se debe decir. Los que tienen el genio demasiado vivo, suelen adolecer de este defecto.

Delante de señoritas, medid las palabras para no ofender de modo alguno su pudor, tomad parte en la diversion general, y procurad por vuestra parte fomentar el placer de los demas.

Hay algunos que tienen la mania de distinguirse con *dichos* agudos ó picantes. Para que una respuesta sea verdaderamente agrada-

ble, es preciso que el que la dé, tenga derecho de darla y que se pueda citar sin causarle perjuicio. De otra suerte se reirian de la respuesta y se despreciaria á su autor. Respuestas hay preciosas en boca de un militar, que serian ridículas en la de un magistrado. Una tierna jóven puede decir ingenuamente con mucho agrado lo que seria insoportable vertido por una vieja, al paso que á una señora de alguna edad le es permitido responder lo que no seria tolerable en una señorita delicada. Esto prueba que los *dichos agudos* no se hallan siempre autorizados por el decoro, y que si el juicio no interviene, corremos gran riesgo de aguzar inútilmente nuestro ingenio.

Se tendria por curioso é indiscreto al que se divirtiese leyendo papeles, cartas abiertas y aun los libros que se hallasen en las mesas ó bufetes de algun gabinete particular. Cuando querais retiraros, saludad generalmente á los concurrentes, y despedíos del dueño ó dueña de la casa. En Francia es estilo no despedirse de nadie, por esto solemos decir: »Fulano se marchó á la francesa" para dar á entender que se fue sin que nadie lo observase.

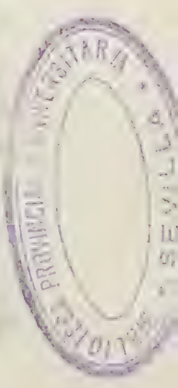
DEL JUEGO.

El espíritu necesita de distraccion, no debe estar continuamente ocupado. De aquí ha nacido la costum-

bre de pasar algunos ratos en las tertulias ó en las reuniones de familia, ocupándose en diversos juegos inventados para distraer ó divertir.

Es ocioso observar, que no se trata aquí de aquellos garitos escandalosos, donde el hombre dominado por una vergonzosa pasion consume en un cuarto de hora lo que seria suficiente para la manutencion anual de cincuenta huérfanos. Solo entiendo hablar de aquellos juegos inocentes en que se empeña la partida con un módico interes, ó solo se ambiciona la gloria del triunfo.

Se espondria al desprecio de los concurrentes el que propusiese jugar sumas crecidas. Los que componen la reunion podrian imaginarse que no tiene mas objeto que pro-



curarse un lucro á espensas de los demas, ó que está acostumbrado á frecuentar los mismos abominables garitos de que se acaba de hablar.

Formaríase mala opinion de un jugador que ganando se abandonase á una alegria escesiva, ó perdiendo diese muestras de la mas ligera afliccion. Debemos tener presente que jugamos solo para divertirnos. Si pierdes, paga con serenidad lo convenido, y sin aguardar que te lo pidan. Las deudas del juego son sagradas; acaso por esto se las llama »deudas de honor."

Si ganas, no dejes el juego hasta que comprendas que tu adversario lo desea, en el caso contrario levántate cuando gustes; pero sin prorumpir en la menor queja, ni ha-

cer otra demostracion de disgusto.

Jugando procede con franqueza, no procures ver el juego de los demas para sacar partido de esta ventaja, no te distraigas, ni consultes á los espectadores. Esta falta te haria insoportable á los que jugasen contigo.

Si hay alguna jugada dudosa, no debes discutir con obstinacion, sino atenerte al juicio de las personas desinteresadas, esplicándoles con buen modo lo que ha dado motivo á la duda.

Debemos en el juego guardar un carácter uniforme, y no invertir en él muchas horas, porque entonces la diversion se convertiria en fastidio, y el recreo delicioso en insípida ocupacion. Sofocad el deseo

que tuviereis de apostar á favor de un jugador contra otro. Aquel en quien pusiereis vuestra confianza, y que acaso no arriesga gran cosa por sí mismo, se intimidará si sabe que esponeis vuestros intereses, fundados en su habilidad ó en su suerte; y aquel contra quien apostais podrá incomodarse de la preferencia que dais á su adversario en esta especie de desafio.

DE LOS SITIOS DE CONCURRENCIA Y ESPECTÁCULOS PÚBLICOS.

Se engañaria mucho el que creyese que no ecsisten reglas de decoro que observar en los parages públicos, en los sitios de reunion y en los espectáculos. Hay ciertas aten-

ciones generales que se deben guardar á las personas que en ellos se encuentran. En un lugar de mucha concurrencia seria mala crianza magullar con importunidad á los que se hallen cerca de nosotros, como pisar el vestido de una señora, y corriendo salpicar de lodo ó agua sucia á los que andan con paso mas moderado.

Es vituperable la afectacion de ciertas personas mirando con una curiosidad impertinente para encontrar defectos físicos en los que pasan, á fin de poder egercer su crítica mordaz. Los que son poco favorecidos de la naturaleza sufren ya demasiado, paraque váyamos nosotros á aumentar su pena con mofas y chocarrerias indecentes.

Si se va en comitiva al teatro ó á alguna funcion pública, uno de los caballeros debe adelantarse á tomar las targetas, y evitar á las señoras la molestia de trocarlas á la entrada. Cuando el palco está abierto, colocaránse las damas en la primera fila segun la edad y la calidad. Los jóvenes ocuparán los asientos de detrás, y procurarán no inclinarse mucho para no incomodar á los que estan delante.

No volvereis las espaldas á la escena, ni dejareis colgar fuera del palco, pañuelo, palatina etc., de otro modo podriais incomodar al público, y esponeros á oir cosas desagradables.

Cuando un espectador se enternece por las desgracias que esperi-

mentan los héroes de la pieza, ó se interesa por ellos á causa de las virtudes de que los ve adornados, ¿puede haber cosa mas molesta que tener continuamente al lado un censor de mal genio, que critica sin compasion los mas bellos versos, que no encuentra cosa alguna de su gusto, y que transforma en lugar de fatiga y de tédio el templo de Talía consagrado á la diversion y al placer? Seria tambien impertinente y ridículo el que aplaudiese con todas sus fuerzas y con demostraciones ecsageradas.

Cuando entran señoras en un palco donde se halla un caballero sentado delante, el decoro ecsije que se levante y ofrezca su lugar á una de ellas aunque no la conozca, y que

insista con empeño si encontrase resistencia.

Aunque el calor os incomode, no abrais la puerta del palco sin consentimiento de las personas que en él hubiere.

Guardad la mayor reserva en el teatro para no incomodar á los que se hallan mas inmediatos á vosotros, y un profundo silencio cuando estan los actores en la escena, para no distraer á los que toman interes en la pieza que se representa. Es peligroso manifestar una opinion muy marcada y decidida sobre el drama, y la poca ó mucha habilidad de los actores. Podria oiros alguno de parecer contrario y empeñarse asi una disputa que es prudente evitar.

En los conciertos, las primeras filas se ceden por lo comun á las señoras. Por aficionados que seais á este género de funciones, no canturreeis los *aires* de las piezas de música que se egecutan, no lleveis el compas, ni converseis alto, de modo que podais distraer la atencion de los asistentes.

DE LOS BAILES PUBLICOS
Y PARTICULARES.

En estas reuniones debemos conducirnos con atencion y civilidad con todos los concurrentes, aunque no los conozcamos.

No te atrevas á figurar en una contradanza, si no sabes bailar pasablemente. Los novicios ó torpes

introducen el desórden en el seno del placer. Una vez empeñado, sino conoces bien las figuras no avanzes el primero, de esta suerte podrás en cierto modo guiarte por lo que hicieren los demas. Aunque bailes regularmente, no te metas en contradanzas donde hubiere danzarines mas hábiles que tú.

Despues de haberte asegurado de una targeta ó un puesto, procúrate atentamente una compañera, y al primer aviso de la orquesta preséntale la mano para guiarla al lugar señalado.

Baila con gracia y modestia, y no hagas ostentacion de tu habilidad, evita los saltos descompasados y zancadas ridículas, que llamarian la atencion en detrimento tuyo.

En un baile particular sé todavía mas atento, y no muestres preferencia por una dama determinada. Se debe bailar indistintamente con todas, aunque no está prohibido sacar varias veces á una misma señora.

Es deber de los caballeros ser obsequiosos y complacientes con las damas; pero con naturalidad. Es permitido ofrecerles dulces ó bebidas si las hubiere, sobre todo á las que han bailado con ellos, despues de haberlas acompañado á la silla que ocupaban.

Segun las reglas admitidas, una dama no puede negarse á bailar con un caballero, á menos que no esté comprometida con otro, sin lo cual cometeria una incivilidad que po-

dria ocasionarle algun disgusto; mostraria asi un desprecio marcado por la persona cuyo obséquio no admitió, y se espondria á sufrir alguna indirecta, ó alguna espresion de resentimiento.

Ni las señoras casadas ni las solteras deben salir solas de la sala, ó de cualquier otro lugar de reunion. Las solteras procurarán hacerse acompañar de una ó dos señoras casadas, y estas por su madre ó persona que lo represente en cuanto sea posible.

En toda especie de baile son necesarias la mayor precaucion y decencia, escluyendo todos aquellos que pudiesen ofender la honestidad y el decoro con figuras y posiciones lascivas. Es indecente tambien

hablar de continuo al oído de la compañera de baile. Todo se debe hacer con naturalidad sin distinguírse por ningun estilo.

DEL VIAGE EN DILIGENCIA

Ó CARRUAGE PÚBLICO.

Como los viajadores estan inscritos por órden de números en el despacho de la diligencia, cada uno toma el lugar que le corresponde. La galanteria ecsije sin embargo, que un caballero ofrezca atentamente su puesto á una señora que le tuviese menos cómodo. Algunos no pueden aguantar el movimiento del coche sino van á la testera, pues sentados á la parte opuesta, les incomoda estraordinariamente este

modo de avanzar á reculones. Los viajadores atentos procuran evitarles esta incomodidad.

Las damas por su parte no deben mostrarse muy ecsigentes, ni abusar de la complacencia de los caballeros. Seria tambien muy mal visto aprovecharse de la calidad, ó de la clase para disfrutar sin miramiento de todas las conveniencias á espensas de los demas; es preciso, por el contrario, poner gran cuidado en no incomodar á nadie, y tratar con la mayor atencion y delicadeza á los compañeros de viaje.

La conversacion siempre prudente y moderada. Es permitido desterrar la monotonía, y amenizar las pesadas horas del viaje con la narracion de algun cuento ó aventura

graciosa, procurando que las espresiones sean bien medidas para no disgustar ni ofender á ninguno de los presentes.

Sucede que algun viajador fatigado de un largo viaje, y despues de haber perdido muchas noches consecutivas no puede dejar de entregarse á un sueño involuntario. Debe, entonces, tomar las mayores precauciones para no incomodar á los demas. Estos por su parte no deben hacer burla, ni ofenderse de un tributo que se paga á la naturaleza.

Cuando pára el coche, la civilidad ecsije que los hombres bajen primero y presenten la mano á las señoras y á los ancianos.

Terminado el viaje, salúdese á

los compañeros, dándoles gracias por el honor y el placer que nos ha procurado su compañía.

DEL DECORO DOMESTICO.

Es una mácsima saludable portarse con atencion y civilidad con las personas que nos han dado algun motivo de disgusto; pero para proceder de este modo es preciso saberse dominar á sí mismo, y por desgracia es la ciencia mas difícil: son muy raros los que la poseen. Nos creemos ofendidos muchas veces mas de lo que realmente lo somos, no vemos mas que la ofensa sin querer averiguar el motivo que la produjo. La afliccion, el orgullo, el resentimiento, todo aumenta los

objetos, nos entregamos entonces á la cólera, y si esta estalla, ya todo se ha echado á perder.

Un marido que quiere corregir á su muger con autoridad, ó con tono brusco y acre, la irrita en lugar de persuadirla. Hay hombres tan iracundos, y mugeres tan mal sufridas, que ni el uno sabe reñir ni la otra responder sino voceando. Nunca los vecinos deben entender las desavenencias de nuestra casa, porque si nos quieren mal, tomarán placer, y si nos quieren bien, tendrán que sentir. Lo contrario sucede muy amenudo entre dos esposos. En lugar de recíprocas advertencias sobre los defectos de cada uno con indulgencia y dulzura, se usa de la reconvencion con una as-

pereza intolerable. De aquí dimana que una muger, lejos de mudar de conducta, no hace mas que variar de medios y de precauciones. Lo mismo suelen hacer los maridos, cuando sus consortes para corregirlos se abandonan á los zelos fomentando la publicidad y el escándalo. La civilidad en estos casos conserva el decoro y produce mejores efectos que la violencia.

Se puede y aun se debe establecer una especie de decoro entre los amos y los criados, que consiste en darles buen ejemplo, en pagarles regularmente, en tratarlos con humanidad sin familiarizarse mucho con ellos, en no reprenderlos sin motivo y siempre con la moderacion debida; en conservar, por fin, en to-

do los casos el carácter de amo; pero de amo justo, prudente, apacible, bondadoso y atento.

El decoro ecsije tambien que se conserve la igualdad ó uniformidad de genio en la casa propia y en la agena. No permite que el amo se prevalga de la libertad que tiene de obrar con menos circunspeccion, para hacer sentir á su familia los efectos de su impaciencia, y mostrar siempre un rostro ceñudo y avinagrado.

Es por desgracia muy comun que un gefe de familia entre en su casa para perturbar el sosiego y la jovialidad que en ella reina en su ausencia, indemnizándose asi en cierto modo de la fuerza que se ha vis-

to obligado á hacer para reprimirse y pasar plaza de jovial en las tertulias y reuniones que frecuenta.



PARTE TERCERA

DEL DECORO PARTICULAR

DEL BELLO SECSO.

El decoro ha dictado para el bello secso leyes mas severas que para los hombres. Estos disfrutan de algunas escepciones de las reglas generales; pero no hay escepcion alguna para las mugeres. Los hombres pueden llevar erguida la cabeza á pesar de faltas y omisiones que harian bajar los ojos á una muger, que por ningun estilo debe procurar dar pábulo á la censura pública.

Muchos no ven mas que injusticia y tirania en la severidad que ecsige el decoro en la conducta de las mugeres; pero la gente sensata la considera al contrario como una preciosa distincion, porque obligándolas á un recato y pureza mas inviolables, parece que las destina á mayor perfeccion y las hace susceptibles de cierta superioridad.

La muger debe procurar agradar ménos á la vista que al espíritu y al corazon; mas pronto vanagloriarse del aprecio de los hombres, que de su amor. La impresion que produzcan en ellos su conducta y sus bellos sentimientos, le harán incomparablemente mas honor que el triunfo de sus atracti-

vos... y... ¡desgraciada la muger, para quien el honor no sea mas que una quimera!

¡Amables individuos del secso hermoso! procurad que el mérito sea el principal alimento de vuestras gracias; sin él será infructuoso todo el trabajo que os tomeis para hacerlas valer. Si solo sois amables esteriormente, se arrepentirán al cabo de haberos amado; pero si os adornan otras bellas calidades, sereis apreciadas por ellas, aun cuando habreis dejado de agradar á los ojos. Obrará, pues, con acierto la que se valga del mérito y de la virtud para atraerse los obséquios que otras quieren deber únicamente á sus débiles y pasageros atractivos. El aprecio que inspira la her-

mosura se destruye con ella, al paso que el que promueven las virtudes subsiste mas allá del sepulcro.

¡Qué ambicion, pues, tan ridícula la de algunas mugeres de aspirar á un reinado de tan poca duracion, de rivalizar y enemistarse muchas veces con las mejores amigas por conquistas que solo pueden conservar algunos años, y que se les escapan frecuentemente en el instante mismo de la victoria! ¡Qué delicadeza la de su gusto! ¡Qué ecsactitud la de su discernimiento prefiriendo en los hombres sentimientos estremados, viciosos, sujetos á variacion que solo obtienen por medios que no dependen de ellas, á una pasion sensata y razonable que los hombres juiciosos solo consa-

gran al mérito verdadero!...

Despues de haber procurado arreglar vuestros sentimientos, desterrad de vuestros modales lo que ofenda la razon y el decoro, no deis tanta importancia á que sean brillantes, como á que sean sencillos, naturales y modestos.

No aparenteis ser vivas, alegres y retozonas contra vuestro genio. La seriedad natural agrada mas que la travesura afectada.

No os espongais jamás á la confusion de reir solas entre personas que tienen algun motivo para estar sérias ó afligidas. No seais tampoco las primeras en reiros de lo que vosotras mismas digais, por temor de estorbar la risa á los demas, si el asunto lo merece, ó de sumi-

nistrar la ocasion de reirse de vosotras si empezáreis sin motivo.

Todos os dirán que sois hermosa, tal vez hablarán verdad; pero no sea caso que los elógios os hagan perder la razon. Procurad corregir vuestros defectos si la modestia os indica algunos, mas bien que sacar partido de vuestras prendas recomendables. Corrigiéndoos de lo que podais tener de defectuoso adquirireis nuevas gracias, al paso que si os endiosais por vuestras bellas calidades, disminuireis su mérito y perdereis de vista los defectos. Entónces, ¿cómo será posible corregiros?

Usad con moderacion de las diversiones que os permite la sociedad, es decir, raras veces y con toda la

indiferencia con que las mira una persona prudente. No os abandoneis á los placeres del corazon, no hay cosa mas opuesta á vuestra reputacion y al reposo de vuestra vida. Por ellos olvidareis vuestros negocios, vuestros amigos y parientes, desatendereis vuestros deberes, y hasta perdereis de vista vuestro honor. Por mas satisfacciones que os procuren, ninguna será capaz de balancear la menor de las faltas que pueden haceros cometer.

Lejos de aplaudiros de las ventajas que os concede la hermosura, temed mas pronto los peligros á que os espone. La belleza es un don del cielo que debeis respetar en vosotras mismas. Si quereis acertar, consideradla bajo dos aspectos muy

diferentes, como la base de vuestra gloria y como la ocasion de vuestra pérdida. Casi todas las mugeres ancianas que han sido hermosas, no quisieran haberlo sido.

No juzgueis de vosotras por lo que os digan, sino por lo que debe creer vuestra modestia. Pensad que los elógios que os prodigan son interesados. Tomadlos mas pronto como un esfuerzo de la seduccion, que por la espresion de la veracidad. No contribuyais vosotras mismas á haceros objeto de la burla pública, dejándoos persuadir de lo que os halaga.

Es mácsima perniciosa hablar mal de las personas que os aventajen en prendas personales. ¿Sabeis lo que resultará de vuestra imprudente en-

vidia? Que las prendas de vuestra rival que tanto os incomodan, adquirirán nuevo lustre, disminuyendo mucho el mérito de las vuestras.

No echeis á perder las buenas calidades que os adornan, con la afectacion de poseer aquellas de que careceis. Desterrad la vanidad y el desden, y con la orgullosa idea de que basta presentaros para agradar, no desatendais lo que puede contribuir á atraeros los justos homenages.

No seais nunca de las primeras en seguir las modas por temor de veros obligadas á abandonarlas sino pudiesen establecerse solidamente. La modestia de acuerdo con el juicio y el buen gusto, dirijan vues-

tros adornos. Pensad menos en el atavío que en la limpieza y elegancia, y sobre todo la vana ambicion de vestiros como otras á quienes no os pareceis en nada, no os haga sofocar los dones que recibisteis de la naturaleza. Las pocas gracias que os pertenezcan, valdrán siempre mucho mas que las imitaciones.

No obrará cuerdamente la que pase muchas horas en el tocador. Pronto se nota la estudiada afectacion en los adornos. El público se burla de ella como del hablar acicalado en demasia y de los modales postizos. Es cierto que la naturaleza no desecha un poco de arte; pero no puede sufrir el artificio.

Una postura natural tan distante del remilgo como de la presun-

cion es la que mas conviene á las mugeres. Sentadas ó de pie, deben estar sin tesura ni dejadez. Una bella jóven muy pagada de su hermosura place mucho menos, que la que conserva un ademan gracioso y sencillo, aunque no sea tan linda y perfecta como la otra.

El paso de una muger no debe ser ni muy vivo ni muy lento; el mas fácil y cómodo es el que fatiga menos y agrada mas. El cuerpo y la cabeza derechos, pero sin afectacion; el movimiento, sobre todo el de los brazos, suave y natural, las miradas dulces y modestas.

No es decoroso que una muger hable muy alto ni con mucha vivacidad. Cuando esté sentada, no de-

be cruzar las piernas ni tomar una actitud menos honesta. Ocupará casi toda la silla, de modo que parezca que no le sobra ni le falta la comodidad. Hay algunas mugeres que estan sujetas á hábitos estravagantes. Las que los tienen, deben hacer todos sus esfuerzos para vencerlos, y las demas para no adquirirlos. El gestear, hacer visages y muecas, mover los ojos á uno y otro lado, cerrarlos y abrirlos con precipitacion son vicios que chocan siempre, lo mismo que la risa convulsiva. La hermosa boca de una muger parece propia para la sonrisa graciosa, no para las carcajadas.

Es mucho mas fácil y mas agradable para una muger ser realmente lo que la naturaleza ha querido que

sea, que afectar el tono ó el aire varonil. Los modales libres y muy despejados son insoportables en una muger. Un ademan afectuoso, dulce y casi tímido, una tierna y bondadosa solicitud ácia las personas que la rodean, son prendas que caen siempre bien á una señorita. En su fisonomía deben estar pintadas la esperanza, la dulzura, la satisfaccion; nunca parecer en ella el abatimiento, el desasosiego y el mal humor.

Las mugeres no estan ménos libres de pasiones que los hombres; pero tienen mayor interés en ocultarlas. Deben hacer todos sus esfuerzos para vencerlas, y si lo consiguen, disimular que en ningun tiempo han sido sujetas á su imperio.

Las mugeres tienen por lo comun la imaginacion mas viva que nosotros, un espíritu mas observador, un tacto mas delicado y mas fino, y están mucho mas pronto al corriente de los usos de la sociedad, como que comparecen y figuran en ella en una edad, en que nosotros ocupamos todavia los bancos de la escuela. Nacidas para agradar, las vemos frecuentemente adornadas de prendas, que las hacen objetos de nuestro cariño y nos obligan á buscar su ameno trato con solicitud; pero siempre el decoró y un honesto fin deben mediar en nuestras relaciones con ellas.

PARTE CUARTA.

DEL DECORO RELIGIOSO.

Ecsiste un Dios Omnipotente Criador del universo. A él somos deudores de nuestra vida, de nuestra conservacion, de nuestro bien estar. El colocó en el espacio esos globos de luz que fecundan nuestras cosechas y guian nuestros pasos en la oscuridad. Todo en el mundo atestigua su poder y su grandeza, todo anuncia su gloria infinita. ¿Y el hombre permaneceria mudo é insensible espectador de tantas maravillas? No: el hombre, natural de-

pendiente del Ser Supremo, le debe respeto, subordinacion, y reconocimiento. ¿Ecsiste acaso un tributo mas legítimo, un deber mas sagrado que èl homenage que rinde al principio constitutivo de todas las cosas, al autor de todo bien? Seria la mas monstruosa de las ingratitudes dejar de cumplir con el Dios de bondad los deberes que nos imponen los beneficios de que nos colma continuamente. Quien los desconozca, se espone á un oprobio merecido, y puede compararse á las bestias feroces que muerden la mano que les procura la subsistencia.

El hombre penetrado de la grandeza de Dios y de sus admirables obras, le dedicó en las ciudades, en medio de sus habitaciones, tem-

plos públicos para honrarle, y acudir en dias señalados á ofrecerle su incienso, y el tributo solemne de sus adoraciones.

El culto que se consagra á Dios en estos santos edificios, ecsige de nosotros un decoro bien distinto del que debemos observar con nuestros semejantes en el comercio de la vida. En la sociedad, el hombre solo tiene relaciones con el hombre; y á pesar de la desigualdad producida por el nacimiento, la clase, la dignidad ó las riquezas, no es muy considerable la distancia. Todos son seres creados, sujetos á las enfermedades, á los infortunios, á la destruccion. Tarde ó temprano los unos y los otros perecerán, y su polvo mismo será un irrefraga-

ble testimonio de la vanidad de sus títulos y de la nada de su pretendida superioridad.

Pero, del hombre á Dios! ¡Qué inmenso intervalo! ¡El Ser incorruptible, eterno, soberanamente perfecto, comparado con la criatura hedionda destinada á la muerte y al olvido, y sujeta á todas las imperfecciones! He aquí el origen del respeto religioso, del acatamiento y veneracion, dispuestos y guardados siempre por todos los pueblos del mundo en los templos dedicados al Autor de la naturaleza.



Al entrar en el templo del verdadero Dios, se empieza por tomar agua bendita. Si vais acompañados de alguna señora, ó de otra persona á quien debais respeto ó prefe-

rencia, adelantaos para presentárse-la con atencion, ofrecedle una silla si la hay, y côlocaos luego detras de ella. Mostraos muy recojidos, y seguid ecsactamente lo que se practica durante el oficio divino. Es preciso sentarse, estar en pié ó ponerse de rodillas, segun lo ecsijan las ceremonias del culto.

Presentaos en los templos, vestidos decentemente sin ostentar fausto, lujo, ni magnificencia. ¡Un corazon puro! He aquí lo que Dios aprecia, toda gala intempestiva le disgusta y ofende.

Es muy contrario á la santidad del lugar pasearse en una iglesia como en una plaza pública, hablar en ella como en una casa particular, echar miradas de curiosidad á

todos lados, escandalizar á los concurrentes y perturbar con una postura irreverente ó inmodesta el fervor y la compuncion de las personas religiosas.

Lejos del Arca santa aquellos hombres impuros, cuya presencia insulta al Señor en su mismo santuario. Pensad que en aquel recinto habita el Dios de las naciones, el protector de vuestras familias, y que no debeis acercaros á él sino con un corazon contrito, una adhesion respetuosa, una humildad verdadera. Si ponemos el mayor cuidado en tomar un esterior sumiso y atento, cuando tenemos que presentarnos á algun personage de quien aguardamos alguna gracia, ó á quien vamos á agradecer los beneficios re-

cibidos, ¿con qué humillacion no debemos comparecer ante aquel que es el manantial de todos los tesoros, el dispensador supremo de las fortunas, que levanta y destruye los imperios, y tiene en sus poderosas manos los destinos del mundo?

DE LA CELEBRACION

DE LAS FIESTAS.

Obligados á procurarse con el trabajo los medios de subsistencia, los hombres establecieron ciertos dias de descanso que consagraron al culto divino. Entònces suspendieron las fatigas del cuerpo, cerraron los talleres y se reunieron en templos para elevar sus fervientes votos al Eterno, y darle gracias por sus beneficios.

La Religion nos manda celebrar estos santos dias por medio de buenas obras, y con testimonios públicos de amor al Dios verdadero.

Muchos hay, por desgracia, que pasan en egercicios perniciosos, en la disolucion, en la embriaguez las horas que debieran consagrar al culto del Eterno. Estos obran directamente contra la moral pública. El hombre que se degrada con semejante conducta, añade al crímen de irreligion el del mal ejemplo que da á sus hermanos, y multiplica los escándalos y los vergonzosos trofeos de la inmoralidad. Mientras que todo un pueblo conpungido se prosterna al pie de los altares y se humilla ante la Omnipotencia celestial, el impío insulta con su desenfreno

la imágen y los mas bellos dones del Criador.

No hay cosa mas indecorosa ni impía que hacer mofa del culto y de la Religion. El que se atreve á tales irreverencias merece pasar por insensato, ó por hombre de mala fe.

¡Vosotros que os pronunciais así contra lo que tiene el hombre de mas caro y sagrado en la tierra! No habreis seguramente conocido los consuelos sublimes y patéticos de la religion. Si quereis despojaros de esas ideas de sujecion y humildad que nos impelen hácia un Ser superior á nosotros; si no distinguiendo cosa alguna mas allá de la materia y de la nada, os limitais á lo presente sin hacer caso de lo futuro, si desconoceis la mano sobre-

natural que se manifiesta en toda la naturaleza, si abjurais por fin la creencia de Dios, ¡ah! guardad para vosotros mismos esta opinion temeraria y estéril, y dejadnos nuestros altares, nuestros templos, nuestro Dios, nuestra inmortalidad, nuestra esperanza.

El hombre seria bien desgraciado, si en este suelo humedecido por el sudor de su rostro y regado con sus lágrimas, en medio de las angustias, privaciones é infortunios, no albergase la consoladora idea de una vida mas feliz; si no viese á una distancia inmediata á un Ser bueno, compasivo, misericordioso que le muestra el término de sus males, y le tiende los brazos para recibirle en su seno paternal, y re-

compensarle allí las virtudes que habrá practicado en la tierra.

DE LO QUE DEBEMOS

Á NUESTROS PADRES.

Con razon se coloca en la parte destinada al decoro religioso, el que debemos guardar con los autores de nuestros dias. Aunque este precepto tóme origen de la misma naturaleza, está especialmente dictado por Dios y forma una parte esencial de nuestros deberes religiosos.

Por grande que sea la dignidad, por alto el empleo que ocupemos, ninguna consideracion nos dispensa del respeto que debemos á nuestros padres. En todas partes, en cualquiera circunstancia, los hijos están obli-

gados al decoro rigoroso que ecsije la calidad de padre y de madre. Es preciso mostrarles esteriormente un aprecio síncero, saludarlos con amabilidad, hablarles con sumision, servirlos, agasajarlos y jamas faltarles al respeto.

¡De qué oprobio no se cubriria el hijo desnaturalizado, que aflijiese escandalosamente á los mismos, á quienes la religion y la ley natural le ordenan amar y respetar! El que asi procediese, atraeria sobre sí el anatema de los hombres y la venganza del cielo. ¡De qué castigo mas terrible aun no se haria digno, si olvidase sus deberes hasta el punto de agraviar á sus padres con palabras duras y ofensivas; si se burlaba de sus imperfecciones, si les

repreendia con insultante orgullo, si publicaba sus faltas, si las cubria de ridiculez!

El que levantase la mano contra los autores de sus dias, seria el objeto mas ecsecrable para Dios y los hombres, pasaria por un mónstruo de la naturaleza, se haria odioso á sí mismo, y pereceria destrozado por sus remordimientos en brazos de la desesperacion: podríamos recordar aquí los terribles castigos que ha ejercido el Señor contra los hijos ingratos y rebeldes. Bien conocido es el rigor con que trató á Absalon que se sublevó contra su padre. Víctima de su atentado y rebeldia, una muerte trágica y desgraciada puso término á su criminal desobediencia.

Debemos aguardarnos á ser tratados por nuestros hijos, del modo que nosotros habremos tratado á nuestros padres. Si les hemos tributado veneracion y respeto, tendremos derecho á los mismos homenages. Dios no permitirá que un buen hijo pase á ser un dia padre infeliz.

Mas con los hechos que con las palabras hemos de mostrar á nuestros padres el afecto que les profesamos; cuando se les estima con sinceridad, se aprovechan todas las ocasiones que se presentan para acreditárselo. Al cuidado que se toma paraque solo lleguen á sus oidos espresiones dulces y obsequiosas, es preciso añadir una viva solicitud en obedecerles, en servirlos,

en procurarles todo lo que pueda infundirles satisfaccion, consuelo y alegria. En un solo caso, sin embargo, podremos dispensarnos de seguir ciegamente su voluntad, y es cuando nos manden alguna cosa contraria á las leyes de la religion y de la moral. Debemos amar á los padres como á nosotros mismos; pero no, mas que á Dios.

Un hijo ménos apreciado de sus padres que sus hermanos y hermanas, está igualmente obligado á los deberes impuestos por la naturaleza. En estos casos, las quejas y la cólera serian intempestivas y hasta reprensibles. Solo por medio de la moderacion, de la mayor humildad, de la paciencia y de la dulzura, logrará que cese la predileccion pa-

ternal, y reconquistará la gracia y el cariño de sus padres.

»Ten buen cuidado de tu madre todos los dias de tu vida (decia á su hijo el virtuoso Tobias): acuérdate de los dolores que por tí ha sufrido, y de los riesgos á que se ha visto espuesta para darte á luz, criarte y educarte." Honremos, pues, á nuestros padres con toda la sinceridad de nuestro corazon, guardémonos de ofenderlos en la menor cosa, de causarles el menor disgusto, de darles el mas ligero motivo de inquietud y de pena.

No solamente les debemos obediencia y respeto, si no tambien socorro, proteccion y asistencia. Si desgracias inesperadas les agovian, si se encuentran en un estado de

afliccion y de apuro, entónces la naturaleza reclama sus derechos; debemos emplear todas nuestras facultades, todos nuestros medios para volverlos á una situacion mas próspera y halagüeña. Es de nuestra obligacion alimentarlos, procurarles todo lo que les falte, y no sufrir que esperimenten la amargura y los tristes efectos de la mendicidad. Por mas que hagamos por nuestros padres, por cuidados y alivios que les prodiguemos, jamas podremos pagarles lo que les debemos, ni volverles lo que nos han dado.

En la vejez, sobre todo, es cuando se les hace mas necesario nuestro ausilio. Entónces es cuando los hijos deben redoblar su zelo, su vigilancia, su condescendencia. No sea

que las enfermedades crónicas por asquerosas que sean, os alejen de su persona, ni disminuyan vuestro afecto. Antes al contrario, rodeadlos entonces de vuestro cariño, y hacedles á cada instante mas agradables los últimos momentos de su peregrinacion en la tierra. Los padres á quienes aliviareis y consolareis en una edad avanzada, os estrecharán con manos desfallecidas, os colmarán de bendiciones cuando su alma libre de los vínculos del cuerpo volará al seno de su Criador, pero... ¡ay de los hijos ingratos y desnaturalizados! Sus padres bajando al sepulcro no podrán dejarles mas que su maldicion, ó su desprecio.

No me detendré mucho hablando de ciertas atenciones particula-

res que es estilo guardar á los padres. En principio de año, la víspera del dia de su santo Patron, es indispensable ir personalmente á felicitarles, dándoles un nuevo testimonio de una verdadera adhesion. Esta misma atencion es debida á los tios, hermanos, y otros bienhechores nuestros.

DE LO QUE DEBEMOS AL PRÓJIMO.

Salidos de la mano de Dios, hijos de la misma sociedad, leemos escrita en la lista de nuestros deberes la obligacion especial de ayudarnos recíprocamente, y de ejercer las obras de la caridad religiosa.

Debemos amarnos mutuamente, porque Dios siendo nuestro padre

quiere que no ecsista absolutamente entre nosotros ninguna especie de enemistad ni rencor, mira á todos sus hijos con igual cariño, dispone que luzca el sol tanto sobre los buenos como sobre los malos, proteje la zarza del campo como el roble de la montaña. Su bondad ácia las criaturas debe ser nuestro modelo.

Las hordas de salvâjes, los animales mas feroces se reunen en el peligro comun y se prestan mútua asistencia; pero nosotros dotados de la luz de la razon nos hemos solemne é irrevocablemente comprometido en socorrernos en todas nuestras necesidades. El decoro religioso se estiende aun mas allá. El nos ordena anticiparnos á practicar el

bien, á ayudar á nuestros semejantes con todos los medios de que podamos disponer, y á mirarlos como á nuestra propia persona. He aquí porque se recomienda la limosna como una virtud tan agradable á Dios y de tan poderosa eficacia, que reune un tesoro en el cielo para el hombre misericordioso. Asi las personas verdaderamente religiosas tienen bien presente este deber de la caridad que tanto hace resaltar las demas prendas del corazon, y duplica los goces del alma. No hay cosa, en efecto, que nos acerque mas á Dios que el poder, el deseo y la facilidad de ser benéficos.

Debemos respetar en nuestros semejantes la calidad de adoradores de

Dios. No nos devanemos los sesos como hacen muchos, para encontrarles defectos: ocultemos, por el contrario, á los ojos del público sus malas inclinaciones inseparables de la debilidad humana.

Establezcamos entre nosotros una union firme, constante, duradera. Todo lo que Dios nos ha prescrito se dirije á consolidar esta union. Todos sus preceptos son otros tantos lazos para estrecharla. Siempre que seamos negligentes en cumplir estos deberes indispensables, aflojamos los nudos, y cuando tenemos la osadía de faltar enteramente á ellos, está rota la cadena. Asi nos apartamos del verdadero fin, por el cual hemos sido criados, destruimos los vínculos que deben unir á toda la

gran familia, y somos rebeldes á la voluntad del buen padre que solo desea hacernos felices.

DE LO QUE DEBEMOS Á NOSOTROS MISMOS.

Si estamos obligados con nuestros semejantes á ciertas atenciones que la sana moral ordena ó autoriza, ecsisten relativamente á nosotros mismos reglas particulares de decoro de una austeridad no menos rigorosa.

Evitar la ociosidad: Primera virtud. Hemos nacido para el trabajo. Abandonados á nosotros mismos, sin ocupacion que hace mas apetecible el descanso, caemos en un mortal fastidio. El ocioso se entre-

ga á una imaginacion desarreglada, forma proyectos insensatos y ridículos, y cansado de sueños é ilusiones, vegeta en una especie de anonadamiento que degrada la mas noble parte de sí mismo.

El que se halla privado de los favores de la fortuna, debe tomar un estado con el cual pueda procurarse su subsistencia y la de su familia. El rico debe ocuparse tambien de un modo ú otro para evitar el tedio y el aburrimiento, y hacer, digámoslo así, ménos pesadas por este medio saludable y útil las penas del indigente, obligado á doblegar su cuerpo con trabajos mas duros y penosos.

Dar buen ejemplo: segunda virtud. ¡Ay de aquel que ocasiona la

pérdida de sus semejantes con su libertinaje y la corrupcion de sus costumbres; será el oprobio de la generacion que habrá perdido. En todos tiempos el escándalo público ha sido reprobado como un veneno sutil y como el enemigo mas peligroso é irreconciliable de las virtudes sociales y religiosas.

Guardémonos bien de que trasluzcan los defectos á que estamos desgraciadamente sugetos. Ejerzamos sobre nosotros mismos la mas ecsacta vigilancia, y que cada dia se desarraigue un vicio, ó nazca una virtud en nuestros corazones. Es menester tambien no caer en un vicio opuesto haciendo gala y ostencion de nuestras buenas obras. La modestia debe acompañarlas siem-

pre, este es el mejor adorno que puede añadirse al mérito personal.

Horror á la falsedad y á la mentira. Tercera virtud. No hay cosa mas detestable que el engaño. Sin la buena fe, adiós confianza, adiós cumplimiento de las promesas, los contratos mas sagrados se hacen ilusorios. Un recelo y desconfianza recíprocos reinan en la sociedad.

La mentira, ya criminal por si misma, es todavia mas odiosa entre los que se comprometen invocando al mismo Dios. Las leyes de la moral divina fulminan el mas terrible anatema contra los pérfidos y falaces que procuran aprovecharse de la facilidad y sencillez de sus hermanos, y que mirando como cosa fútil los actos mas legítimos y sa-

grados, consideran como un ardid inocente los vergonzosos medios de que se valen para eludirlos y quebrantarlos.

El hombre de probidad debe ser fiel observador de su palabra, y jamas faltar á ella por ningun pretesto.

Práctica de la beneficencia. Cuarta virtud. La beneficencia ha sido siempre recomendada como una virtud civil. Varios legisladores la han continuado como precepto particular en el código de sus leyes, y en efecto, la razon nos manda hacer bien á nuestros semejantes. El decoro religioso da á esta virtud la mayor estension, quiere que nos anticipemos á socorrer las necesidades de nuestros hermanos, que váyamos

á buscar al pobre bajo su techo de bálago, que cedamos á los indigentes lo superfluo y algunas veces una parte de lo necesario; precepto sublime, cuyo cumplimiento procura al alma un placer tierno y puro, una satisfaccion deliciosa que proporciona en la tierra, por decirlo así, cierto goce anticipado de la felicidad futura.



PARTE QUINTA.

MÁCSIMAS RELATIVAS

AL DECORO.

En vano nuestro amor propio se esfuerza por traspasar los límites que ha prescrito la sana moral. El decoro le opone una barrera, y detiene sus movimientos impetuosos.

La base del verdadero decoro es guardar en todas nuestras acciones una justa proporcion entre lo que debemos á los demas y á nosotros mismos.

El decoro reprueba todos los pla-

ceres que no pueden conciliarse con el deber.

El decoro que procede del corazon, reina no solamente en nuestras palabras y acciones, si que tambien en nuestro ademan y hasta en nuestro mismo silencio.

La escesiva jovialidad, las grandes penas, una alegria imprevista, la cólera, el amor, los zelos, la avaricia, y en general las pasiones son los principales escollos del decoro.

Desatender el decoro, es el mas seguro indicio de una prócsima relajacion de costumbres.

El decoro no admite medio término entre nuestras acciones y el modo de practicarlas.

La virtud y la honradez cuando son bien sínceras, hacen decorosas

todas nuestras acciones, y nos acarrean la confianza pública.

El decoro ecsije que conformemos nuestra conducta á la edad, al secso, á la profesion, al empleo, á la dignidad.

Las palabras y las acciones deben dar á conocer lo que somos, como el rostro y el vestido indican nuestro secso.

Es tan contrario al decoro afectar ocultarse de hacer obras buenas, como la misma ostentacion.

La afectacion en el aire, en el ademan, en las palabras, en las acciones, tiene mucho de ridiculez y raya en locura.

No prostituyais vuestros elógios si quereis que los aprecien, y no recibais los que os prodiguen, sino con

la mayor modestia. Cuando son ecsagerados é intempestivos, no hacen gran favor ni al que los reparte, ni al que los recibe.

No hay cosa que pueda haceros mas amables que la complacencia; sin embargo, por motivos que os asistan para ejercerla, procurad no obrar jamás contra la razon.

La complacencia intempestiva es una ridiculez; la que se niega cuando el caso lo ecsije y la razon lo aprueba, es una incivilidad.

La complacencia ecsije que no desaprobeis en lo posible cosa alguna; pero no os autoriza á aprobar sin cálculo ni reflecsion. Ecsaminad las cosas detenidamente, y no decidais á primera vista. Temed la confusion que nos atrae un juicio precipitado.

Jamas viene el caso de decir todo lo que se sabe; el mérito consiste en conocer lo que se debe decir.

Hay personas que hallan el secreto de incomodar diciendo muy bellas cosas, por el grande prurito que tienen de decirlas.

Nunca os criticarán porque no lo sabeis todo; pero se burlarán de vosotros, si hablais ligeramente de lo que ignorais.

Vale mas no desplegar los lábios que estar distraido cuando se habla.

No juzgueis jamás de vosotros mismos por el aprecio que os demuestren. Cuando se os obsequia, se atiende mas á vuestra reputacion que á vuestro mérito verdadero. Mas pronto se os trata segun las pren-

das superficiales que dejais traslucir, que segun las calidades sólidas que acaso no poseeis.

No os envanezca el respeto con que seais tratados. Muchas veces esta atencion no tiene analogia con vuestra persona, si no con vuestras riquezas, ó vuestro empleo.

Tomad tanta precaucion contra el bien que se dice de vosotros, como contra el mal que podria hacérseos.

Procuraos una ocupacion conforme á vuestro estado. Los que no quieren tomarse el trabajo de hacer algo, tienen mas trabajo que otros para pasar la vida.

Es indecoroso burlarse de los modales agenos aunque ridículos, mayormente si la afectacion no toma en ellos parte alguna.

Es impolítico no prestar atencion á los que la han prestado á vosotros, por grande que sea la superioridad de vuestras luces y talento.

Reir sin motivo es cosa de simples. Reir á carcajadas ó inmoderadamente denota falta de juicio.

Procurad refrenaros en la cólera. La mayor parte de vuestros gestos y palabras cuando está en movimiento vuestro bilis, os quitan toda la ventaja sobre el ofensor y os desacreditan á los ojos del público.

¿Quieres un medio eficaz para refrenar la cólera? Pensad que el amor propio ó la sensibilidad demasiado viva aumentan en vuestra imaginacion mas de la mitad de la ofensa que pretendeis haber recibido.

La cólera debe ser la espresion del sentimiento de un mal que se nos ha hecho, y no del que vosotros quisierais hacer. Asi atraereis á vuestro partido las personas que vacilasen aun entre vosotros y vuestro adversario.

El decoro se opone tanto á las quejas escesivas que dais al primer venido contra las personas que os han agraviado, como á los elógios frecuentes y ecsagerados que tributais intempestivamente á aquellos, de quienes aguardais algun beneficio.

Jamás vuestro resentimiento debe impediros reconocer el mérito de vuestro adversario, ó escitaros á confesarlo con afectacion.

Por grande que sea vuestro mal humor, no recordeis ó hagais men-

cion de un agravio, cuando por él se os ha manifestado arrepentimiento, ó se os ha dado satisfaccion. No hay cosa mas indigna que triunfar de un buen corazon, citando contínuamente las faltas cometidas por debilidad ó por sorpresa.

La locura sola escita la compasion, mezclada con sensatez es vituperable.

¡ Dichoso quien por medio del decoro suaviza sus costumbres, tempera su genio, destruye las ilusiones de su orgullo, calma la fogosidad de sus pasiones, y hace sus virtudes mas amables!

PARTE SECSTA.

DEL ARTE Y ESTILO

EPISTOLAR.

Como el escribir bien las cartas es una parte esencial de la urbanidad, no puede dejar de hablarse en este librito del arte y estilo epistolar; pero como por otra parte no carecemos de libros dedicados esclusivamente á este objeto, se tratará aquí sucintamente de la materia.

Las cartas de negociòs mercantiles deben ser sencillas y claras. Los que no se esplican bien, confunden y desazonan á sus correspondientes.

Otros se imaginan por el contrario que nunca han de comprenderlos y repiten lo que han dicho y esplicado suficientemente. Estos dos estremos se deben evitar.

Escríbanse los memoriales en términos espresivos y modestos que inspiren interés á favor de aquel que espone ó suplica. El órden, la concision y la claridad son puntos indispensables; no mezcleis incidentes que distraigan la atencion del punto principal, ni entreis en largos detalles siempre incómodos y molestos.

Las cartas de amistad son familiares, solo el corazon debe dictarlas. No se escluyen de ellas los conceptos finos; pero no se gaste tiempo en meditarlos. Esto no es de-

cir que se ponga sin reflecsion lo primero que se viene á la pluma. Un amigo se alegra siempre de ver que le estiman lo suficiente para no escribirle mas que lo que sea digno de él.

Las cartas mas difíciles son las de cumplimientos, y enhorabuenas; porque se tratan regularmente asuntos que ofrecen poca materia. Pero cuando el objeto lo merece, es permitida la elocuencia. El mérito consiste entónces en dar á la carta un giro discreto que disperse un poco el incienso demasiado cargado de la alabanza directa, y un cierto aire de sinceridad para persuadir que vuestro corazon se halla penetrado de estimacion y respeto mas de lo que manifiesta vuestra pluma. Evi-

tad las repeticiones, espresaos sin hinchazon ni bajeza, con estilo noble é ingenioso.

En las cartas de consejos morales podemos adoptar un estilo mas serio, emplear frases mas secas, citar sentencias graves, pero al caso. Sin embargo, los sentimientos que se manifiestan deben ser bellos y verterse de un modo diestro y agradable. Diríjase todo al bien de la persona á quien se escribe. Este es el único objeto que debe proponerse un filósofo sensato que ha conocido el trato fino de la sociedad.

Cuando se aconseja á un amigo, es preciso demostrar que solo se tienen presentes su interés y su honor, y ponderarle la utilidad de nuestros consejos, manifestándole

que ecsistiendo sujetos en quienes produjeron muy saludables efectos, obrará cuerdamente tomándolos por modelo.

Las cartas de recomendacion deben verter todas sobre el mérito de la persona recomendada, ó sobre la importancia ó justicia del negocio que se va á solicitar. Si este es justo, puede suplicarse que se mire como propio y que se apoye con eficacia.

Si teneis alguna noticia agradable que participar, hacedlo con estilo alegre y retozon, desterrando las frases superfluas, fastidiosas ú oscuras. De otro modo vuestra relacion hará bostezar y provocará el sueño.

Si debeis dar gracias por regalo ú obséquio que se os haya hecho, ponderadlo sin ecsageracion, hablad

de su preciosidad, y sobre todo del modo obsequioso con que se os ha sorprendido. La demostracion de la gratitud sea proporcionada á la generosidad.

En las cartas de escusas, dad á entender en términos comedidos la imposibilidad de hacer lo que se os pedia, la poca importancia del objeto, la esperanza de gastar en la demora, ó las muchas ocupaciones que os han agoviado, privándoos de la satisfaccion de atender al encargo.

Las cartas de pésame admiten mucha variedad. Pueden escribirse para consolar á alguno de la muerte de un pariente ó de un amigo, de la pérdida de los bienes de fortuna ó de una injusticia ó desgra-

cia que le ocasione disgustos y desazones. Si se trata de la muerte de un prócsimo pariente, direis à la persona afligida que su dolor es muy justo; pero que sin embargo, debe ponerle límites, y no permitir que el tiempo logre lo que debiera ser obra de la reflecsion. Podreis añadirle que mereciendo el sugeto á quien llora, el aprecio universal, toda la gente de bien toma parte en su amargura, y que esto debe hacerle menos sensible su pérdida.

Si el consuelo debe darse por la muerte de un amigo, haced, si teneis medios para ello, un elógio ingenioso pero sucinto de su vida, y arguid de ella que los rasgos virtuosos de una persona tan meritoria deben promover mas pronto la

veneracion que el dolor, y que habiendo probablemente obtenido la recompensa de sus buenas acciones, no hay mas que guardarle un distinguido lugar en la memoria y en el corazon.

Si se trata de una desgracia ó injusticia cualquiera, ponderad la inconstancia de la fortuna, indicad los medios de mejorar la suerte del desgraciado, si estuvieren á vuestro alcance, é insistid sobre todo en que no hay bienes mas preciosos que la fama de hombre de bien y la pureza de la conciencia.

Los elógios cuanto mas se aprocsimen á la verdad, mas mérito tienen y mas apreciados son. La lisonja verosímil es algo tolerable. Por ejémplo, si se quiere alabar á una

señora por el estilo de sus cartas, se dirá que se espresa finamente, que puede rivalizar con los que escriben con mas gracia, que nadie imagina cosas mas agradables, que esto le acarrea admiradores, y que todos aprecian justamente á una persona, cuyo talento es tan proporcionado al mérito de sus gracias esteriores.

Sucede tal vez que se escriben sátiras en las cartas, pero no todos saben dictarlas. Algunos creen que las injurias son sátiras agradables: se engañan completamente. Solo deben vituperarse las faltas que merecen serlo, y no ponerlas en ridículo sino con aire delicado é ingénuo. El que injuria groseramente á alguno, hace una terrible sátira contra

sí mismo. Con esta idea no contestemos jamas á los que nos insulten. Sus mismas injurias serán suficientes para ridiculizarlos á los ojos del público.

En las cartas de reconvencion no carguemos demasiado las espresiones. Manifestemos nuestro disgusto con cierta destreza y habilidad, para que la persona á quien va dirijida la carta no se agravie, antes al contrario reconozca su falta y pueda enmendarse en lo sucesivo. Cuando venga el caso de quejarse abiertamente, se dirá que se ha sufrido mucho sin desplegar los lábios, que ha llegado, por fin, el tiempo de romper el silencio, que sentimos vernos obligados á ello, pero que lo hacemos con la esperanza de que

cuando sea conocida la verdad, los que nos han agraviado confesarán su ligereza y nos indemnizarán de las penas que hemos devorado en secreto.

En las cartas dirigidas á personas ausentes de distinto secso, á quienes se profesa un amor honesto, se espresará lo que se sufre de la privacion de su compañia. Todo debe ser natural y decoroso como hijo de un amor verdadero, proscribiendo toda espresion que promueva ideas lúbricas de un placer ilícito, que solo emplean los seductores. El corazon habla siempre en prosa sin estudiar los conceptos; los versos que abundan en las cartas amorosas, las flechas pintadas, las letras de sangre denotan falsedad ó poco juicio.

No deja de ser difícil la narracion en una carta; pero tambiem da pie para lucirse al que tiene talento. Si el objeto es alegre, descríbanse las circunstancias con cierto aire retozon que escite la jovialidad y el buen humor. Si se trata, por el contrario, de un asunto triste, todas las frases deben indicar la noble melancolía de nuestra alma, de modo que la inspiren tambien á la persona á quien la carta se dirije.

Emplead un estilo noble y serio con aquellos á quienes debeis algun respeto; natural, alegre, y aun jocoso con los amigos; galante y fino con las señoras. Nunca os chanceeis con los que son mas que vosotros. Sucede algunas veces que una perso-

na de elevada clase honra con su amistad á otra de inferior condicion, y le permite escribirle sin ceremonia. En este caso es permitido usar de la facultad que se nos concede; pero se debe poner gran cuidado en no abusar de ella, dando á conocer de cuando en cuando que estamos prontos á entrar en los límites de una respetuosa etiqueta.

Cuando escribais sobre algun negocio, tratadle de una vez sin olvidar circunstancia alguna, para no veros obligados á volver hablar de él despues de haber empezado otra cosa.

Si teneis varios puntos que tratar en una misma carta, empezad por los mas importantes, pues si

la persona á quien escribís, se ve obligada á suspender la lectura, no se olvidará de continuarla si ha encontrado al principio alguna cosa que le interese.

No dejeis de contestar á la carta que os escriben, aunque sea vuestro inferior el sujeto que os la dirije. Alejandro Magno escribia á su albeitar, y Julio César á su hortelano.

Pensad, por fin, que las palabras vuelan y desaparecen, y que la firma subsiste muchos años. No firmeis, pues, cosa alguna que pueda perjudicar en ningun tiempo vuestro honor y reputacion. ¿ Queréis formar juicio de un hombre? decian los antiguos. *Ponedle una espuela en los pies y una pluma en la mano.*

INDICE.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

PARTE CUARTA.

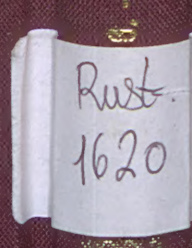
PARTE QUINTA.

PARTE SECSTA.



9. — MANUAL DE LA URBANIDAD Y EL DECORO








colorchecker CLASSIC
calibrite
mm